

VACÍO

Autor: “Yago”

Te has quedado a oscuras. Vacío. Todo en silencio... si no fuera por ese pitido enloquecedor. ¿Estás solo? Gritas:

– ¿Hay alguien ahí?

Pero ni siquiera oyes tu propia voz. Únicamente el pitido en los oídos. Tampoco sabes bien dónde estás. No sientes el suelo que pisas ¿estás de pie o tumbado? ¡Qué dolor! La cabeza entera se inflama, pero esas brasas en la sien derecha...

– Por favor... ¿hay alguien ahí?

Silencio. No te oyen. No te oyes. Tienes la lengua paralizada, hecha trapo. A lo mejor estás encerrado en uno de esos centros de tortura, donde te suspenden los sentidos. No ves, no hueles.

– ¿Me oye alguien?

Nada. A ver si pasa por aquí Belén, o alguno de los otros voluntarios. Ahora, de repente, has recordado la sala de psicomotricidad. Estabas metiéndote con Yago. Hacía calor. En la sala siempre hace calor. Ahora no lo notas. Es agradable. Recuerdas que jugabas con Yago, y con su gemelo Tito, y con su otra hermana, Julieta. Yago tenía una pelota. Tito y Julieta te miraban, sí. Ya te vas acordando. Te estaban mirando fijamente aunque parecían ausentes, como les ocurre a todos los síndrome de Down.

El padre de Yago, Tito y Julieta es viudo y es director comercial, de modo que nadie se ocupa de sus hijos. Qué ocurrencia: les llamaron como a personajes de tragedias shakesperianas. Faltan un Hamlet y un Macbeth. El padre no tiene tiempo para ellos, así que los deja aquí internos. Como dice Belén, éste es un centro para severos y los Down no deberían estar aquí. Así les va, que están

cada vez peor. Belén es voluntaria de animación y tiempo libre. Como tú. Ya lo recuerdas.

– ¡Eh! ayudaaaa.

También te acuerdas de Gloria. La habías aparcado con su silla en un rincón. Le encanta dominar todo desde lejos, lanzando grititos cuando algo le gusta. Qué abrazos da Gloria, sus manos temblando porque adelantan la emoción de achucharte. Debes tener cuidado al estrujar a Gloria. Ya es una mujercita. El bestia de Yago no tiene cuidado. Este mes ya le ha arrancado tres veces la sonda nasogástrica. Como siga así, Gloria va a necesitar alimentación parenteral.

Los que más te entretienen son los de parálisis cerebral. Te hacen reír. Ellos sonríen todo el rato, y eso se contagia. Peque es el mejor. Te costó aceptar los besos con rastros de baba. Litros de saliva que te impregnan con olores caducos. Pero no puedes demostrar repugnancia. Eres un voluntario, y estás aquí por solidaridad.

Aunque te revuelve el estómago.

Peque necesita darte besos, y tú te niegas a reconocer que también los esperas. Los cuidadores dicen que no hay que encariñarse. Claro. Ellos son profesionales. Tú eres un voluntario. Tienes que demostrar que haces todo esto por amor.

Pero qué asco, su baba reseca en la cara, esos labios agrietados, el olor a humanidad y pis.

Sin embargo, ahora no sientes los olores, a oscuras, en suspensión. Incluso te has acostumbrado al pitido.

Cómo te gusta darles caña a los hermanos Down. Os han dicho que debéis estimularlos para que no degeneren, pero reconócelo: a ti lo que te gusta es joderlos. Estuviste toda la tarde quitándole a Yago la pelota que llevaba horas dando vueltas entre las manos. “¡Yaaago, bonito. Venga, dame eso, anda” —y tiras la pelota lejos, y Yago detrás de ella en cuanto te despistas.

Tito y Julieta te miran y se ríen. Gloria grita desde su rincón. Peque mueve la cabeza haciendo ochos sin dejar de sonreír. Con tu voz más dulce: “Venga, Yago ¿jugamos a que me das la pelotita?” —pero no juegas: se la quitas y la mandas a tomar por culo.

Ahora recuerdas la queja de Julieta. Quizá la puta pelota le golpeó a ella. El cabrón de Yago debió verlo y cargó sus noventa kilos contra ti. La arista del cubrerradiador fue un latigazo en tu oreja, y desde entonces el pitido y este vacío.

Algún otro voluntario bajará por aquí. Verá la sangre o lo que sea. De todos modos, gritas con todas tus fuerzas:

– ¡¡Eeh!! ¡Socorro!

Esta vez sí que te oyes. Claramente. Tus palabras han sonado como un balbuceo inconexo.

Empiezas a ver, y a comprender. Te están depositando muy despacio en una camilla. Belén y los otros voluntarios están llorando. Tratas de incorporarte, y la cabeza se te tambalea rítmicamente. Eres incapaz de pararla. Intentas decirles que estás mucho mejor, pero tu lengua de trapo sólo masculla sonidos torpes.

Entonces notas algo tibio en los labios. Horrorizado, sientes fluir un regatillo desde tu boca. La saliva se te ha desbordado y no puedes detenerla. Gritas, pero te sale una especie de risa boba.

Belén te da un beso. Será que no le importan tus babas.